

Ahora Sabemos en Parte

“Dejad que los niños vengan a mí y no se lo prohibáis, porque de tales es el reino de Dios. De cierto os digo, que cualquiera que no reciba el reino de Dios como un niño, de ninguna manera entrará en él.”

Este escritor tenía un amigo que viajaba por todo el mundo para ver cómo jugaban los niños. Escribió y publicó sus hallazgos, pero la erudición no era su intención. Hizo lo que hizo por la sencilla razón de que le fascinaban los juegos infantiles. Una cosa que aprendió fue que los juegos de los niños eran similares en todas partes, incluso cuando no había conexiones culturales. Había juegos únicos en cada sociedad, pero no eran la mayoría. Algo similar podría decirse de los cuentos infantiles. Incluso se aplica a las historias de la infancia de la humanidad, los mitos. Max Heindel nos dice que los mitos le fueron dados a la humanidad primitiva para inculcar cosas de gran importancia espiritual en nuestra conciencia del despertar.

Los mitólogos comparativos encuentran sorprendentes similitudes en muchos mitos de diferentes sociedades, incluso cuando los argumentos son bastante extraños. Buscar la razón de las similitudes ha mantenido ocupados a los estudiosos durante varios siglos. No hay un acuerdo general sobre la razón de las similitudes. Incluso hay acalorados debates sobre el asunto. Este fenómeno no es problema para los místicos. Los místicos saben que somos de un Espíritu Universal común. La verdad espiritual es la misma para todos. Las diferencias son diferencias culturales, no diferencias espirituales. Las diferentes culturas son vehículos de desarrollo para individuos con diferentes necesidades evolutivas. El espíritu es el mismo; los vehículos para sacar a relucir sus infinitas facetas potenciales no lo son.

Como aspirantes Rosacruces, se nos ha dado el ejercicio de retrospectiva como una herramienta para alcanzar la objetividad espiritual. Al realizar este ejercicio, se nos dice que nos juzguemos a nosotros mismos con precisión, imparcialidad y objetividad. Para hacer eso, tratamos de salir de nuestra perspectiva personal y subjetiva, porque es probable que haya prejuicios, excusas y autojustificación, en lugar de la pura verdad. Sobre este tema, a Max Heindel le gustaba citar a Bobby Burns: "Oh, qué poder el regalo nos da, para vernos a nosotros mismos como nos ven los demás". Esta práctica de externalización y objetivación se puede aplicar con éxito a cosas más grandes, como el cristianismo. A menudo podemos ver y entender cosas sobre el cristianismo desde perspectivas ajenas a la literatura cristiana. La mitología a menudo sirve bastante bien a ese propósito.

La resurrección es importante para los cristianos. Es algo que queremos entender mejor. En la mitología hay muchos mitos de resurrección y, a menudo, muchas variantes. Solo la mitología griega tiene tres historias principales de resurrección: el mito de Urano, el mito

de Dionisio y el mito de Zagreus. El mito de Zagreus es el más breve y sencillo, por lo que lo utilizaremos para una economía de palabras. Abreviaremos aún más la historia para adaptarla a nuestras necesidades.

Zagreus era hijo de Zeus, el jefe de las deidades griegas, con Perséfone, la hija de Zeus y Deméter, su hermana. Inmediatamente nos encontramos en un mundo de relaciones espirituales complejas, repletas de significado. Hera, la esposa y hermana de Zeus, se entera de esta unión y de su fruto. Envidiosa, ordena a unos titanes que destruyan al niño. Los Titanes se disfrazan empolvándose todo el cuerpo con yeso. Se acercan sigilosamente al niño y lo distraen con juguetes: una piña, un mechón de lana, un espejo, manzanas doradas y otros (todos representan cosas de la iniciación hasta el día de hoy). Tienen que tener cuidado, porque incluso de niño podría destruirlos porque es un dios. En su distracción, se abalanzan sobre él. Se resiste transformándose en una serie de animales feroces. Cuando finalmente lo inmovilizan en su estado natural, desgarran su cuerpo en pedazos que comienzan a comer como alimento divino. Durante el festín, la diosa Atenea se abalanza y toma el corazón. Ella encierra el corazón en una estatua de yeso en la que respira el aliento de vida. Cuando la estatua cobra vida, gana su inmortalidad y, en resurrección, asciende a su padre Zeus.

Esta historia, incluso en breve, es rica en significado espiritual. Vale la pena leerlo completo y reflexionar. Esta declaración simplificada es suficiente para nuestros fines, por lo que podemos pasar a nuestra próxima historia de resurrección del antiguo Egipto. El antiguo Egipto ya era una sociedad antigua en la época clásica. Debido a su antigüedad, existen muchísimas variantes de su principal mito de la resurrección, el mito de Isis y Osiris. Usaremos la versión griega de Plutarco quien, en su tiempo, ocupó la cátedra en la academia de Platón. Hacemos esto porque Plutarco era un iniciado y su versión está cargada de pistas sobre los misterios. Nuevamente podaremos la historia para adaptarla a nuestras necesidades.

Geb y Nut, padre tierra y madre cielo, únanse. Tienen cinco hijos en un lote: Osiris, Isis, Neftis, Set y Horus el mayor. Osiris e Isis son marido y mujer, además de hermano y hermana. De hecho, se unen y conciben mientras aún están en el útero. Cuando nacen, Isis da a luz a su hijo Horus el menor. Osiris, el primogénito, se convierte en rey de Egipto. Set, el dios del desorden, se casa con su hermana Neftis.

Se enfurece cuando Osiris quiere un niño junto a ella. Quiere venganza. Proclama que ha construido un ataúd mágico que dará poder a quien quepa. Todos en el reino lo intentan, pero nadie encaja. Cuando Osiris lo intenta, encaja perfectamente. En el momento en que Osiris entra en el ataúd, 72 confederados de Set cierran de golpe el ataúd forrado de plomo y lo sellan. El ataúd es lanzado al Nilo. Flota y finalmente se dirige a Biblos, donde un tamarisco crece a su alrededor para convertirse en su tumba. Finalmente, el rey de Biblos corta el árbol para servir como pilar para su nuevo palacio. Isis se entera de la

ubicación del ataúd de su esposo. Ella llega para tomar el arca para sí misma y deja el tronco del árbol para el rey. Ella se esfuerza por revivir a Osiris por arte de magia. Justo cuando está a punto de tener éxito, se distrae, y Set roba el ataúd. Corta el cuerpo de Osiris en catorce partes. Estos los distribuye por todo Egipto, excepto el pene que arroja al río Nilo. Isis viaja por todo Egipto para encontrar y recoger las piezas en doce días. Ella no puede encontrar el pene porque los peces se lo han comido. Ella ensambla las piezas, genera mágicamente un pene y lo restaura a la vida. Su vida terrenal resucitada es corta. Muere y entra en el inframundo donde, resucitado, se convierte en rey y juez de los muertos.

La mitología de los judíos es peculiar en el sentido de que no se da como mito, sino como historia. Los judíos eran estrictamente monoteístas. Se les prohibió adorar a muchos o falsos dioses. Esto no les impidió asimilar la cultura extranjera en sus cautiverios en Babilonia y Egipto. La numerología hebrea se remonta al Libro Caldeo de los Números, y algo de astro mitología fue tomada de Egipto. Los antiguos judíos escriben sobre interacciones con jerarquías divinas, como ángeles y arcángeles, pero no parecen tener un linaje de dioses. En cambio, tenían una historia de sucesión patriarcal, que adquirió influencia extranjera, especialmente de Egipto. Por ejemplo, el Atum, de Atum-Ra, se convirtió en Adán y Set se convirtió en Seth, lo que da una visión muy diferente de la mítica primera familia, cuya visión proviene de los hijos egipcios del fuego, en lugar de la Biblia, escrita por los queridos de Jehová, los hijos del agua. Las historias absorbidas de otras culturas, que están escritas en la Biblia como historia, reciben un tratamiento diferente en la Biblia, pero esa es una cuestión de política religiosa más adecuada para un ensayo diferente que este. Incluso la astrolología está integrada en la sucesión de patriarcas. En el Antiguo Testamento leemos

"Acuérdate de Abraham, Isaac e Israel... Multiplicaré tu simiente como las estrellas del cielo..." La mayoría de los lectores piensan erróneamente que "como las estrellas del cielo" significa cantidad. Realmente significa calidad, calidad en el carácter. Esto queda claro en las profecías de Israel. El carácter de los hijos de Israel, dado en sus profecías, corresponde claramente a los signos del zodiaco.

Los antiguos judíos eran un pueblo astrológico. Flavio Josefo (judío, ciudadano romano e historiador) vivió alrededor de la época de Jesús. Escribió que cuando las doce tribus acamparon, lo hicieron en formación, bajo banderas astrológicas. El patriarca no fue desgarrado ni cortado en pedazos, sino que fue dividido en tribus de descendencia.

La astrología, en sí misma, tiene sus propias divisiones del cielo nocturno en partes. Incluso aquellos con un conocimiento superficial de la astrología son conscientes del gran ser humano astrológico de los cielos. Es una figura de un ser humano arqueado en círculo con los dedos de los pies tocando la cabeza, superpuesto al zodiaco, aunque algunos místicos podrían afirmar que el zodiaco está superpuesto al humano celestial. En todo caso, la cabeza está en Aries, la zona del cuello en Tauro y así sucesivamente. Incluso en su forma más cruda y simple, esta representación es útil para conocer la causa interna de la enfermedad. Por ejemplo, uno puede seguir el curso de los síntomas del resfriado común a medida que pasan de la cabeza a la garganta y luego a los pulmones sucesivamente mientras el significador astrológico de la enfermedad, a menudo la Luna, está pasando por Aries, Tauro y Géminis, o sus opuestos, Libra, Escorpio y Sagitario.

Cuando uno es sanado de una condición seria, se dice que ha sido restablecido. Esto implica correctamente que, en la enfermedad, uno se ha desviado de la totalidad. Es la necesidad de estar completo lo que está detrás de una enfermedad, aunque los síntomas y el pecado causal específico, separativo, o la desviación de la totalidad, pueden manifestarse en una parte del cuerpo representada por una parte del zodiaco. Es una integridad saludable que debe ser restaurada o resucitada. Esto es cierto en el macrocosmos y el microcosmos, simultáneamente. Toda la humanidad debe estar unida y resucitada como una sola. Si uno solo, un dios en formación, queda fuera, la

sensación de incompletud sería análoga, en pequeña escala, a la sensación que se tiene al armar un rompecabezas y descubrir que falta una pieza. Cada individuo es esencial para el todo perfeccionado. “¿Qué hombre de vosotros, si tiene cien ovejas y se le pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta que la encuentra?” Los pensamientos de salvación personal son a menudo egoístas y, por lo tanto, contrarios a la salvación. La actitud que indica aptitud para continuar puede ser la voluntad de dar un paso atrás para que alguien más pueda continuar. “Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos” tiene un significado más allá del martirio personal. El gran ser humano zodiacal representa a toda la humanidad, así como al individuo. Incluso se podría pensar que toda la humanidad, en su conjunto, está enferma. Emerson dijo: “Un hombre enfermo es un pecador descubierto.” Todos somos pecadores, individual y colectivamente. Necesitamos vernos a nosotros mismos, individual y colectivamente, como un todo sano para cumplir la Resurrección.

Uno pensaría que ver algo en su totalidad es un asunto simple y fácil. Lo es y no lo es. En nuestra caída en el materialismo, casi siempre no lo es. En nuestros cuerpos no podemos percibir un panorama de 360°. Los botánicos no siempre están de acuerdo en cómo diferenciar una especie de planta de otra. Algunos piensan que la diferencia esencial está en las hojas, otros piensan en la flor. ¿Es la semilla de la que brota? ¿el retoño?, ¿el tallo?, ¿las hojas?, ¿la flor?, ¿el fruto?, ¿la nueva semilla? Es todo el ciclo y quizás más, porque la especie vegetal, en sí misma, evoluciona. De manera similar, los cristianos convencionales han argumentado acerca de la resurrección del cuerpo físico, que es lo que creen que sucederá, aunque las Escrituras digan lo contrario. ¿Se resucita uno como se resucitó al morir? Si es así, el cielo estaría ocupado en su mayoría por ancianos enfermos. Algunos piensan que es como uno era en la flor de la vida (al menos aquellos que llegan a la flor de la vida), aunque uno es más sabio más adelante en la vida. Los niños son maravillosamente abiertos de mente, pero demasiado inmaduros para apreciar el esplendor de los mundos superiores. La ciencia ha complicado el asunto de la resurrección física. Está el problema de los átomos. Todos nosotros tenemos átomos que han estado en los cuerpos

físicos de otros. ¿Quién recibe los átomos compartidos en la resurrección? En el Apocalipsis, los literalistas bíblicos creen que se salvarán 144.000. Ese podría ser el límite de personas que pueden reclamar sus átomos sin disputa. Claramente, nuestros cuerpos físicos no resucitan y, con suerte, todos pueden participar en la resurrección como un todo.

Nosotros, que creemos en los renacimientos sucesivos, tampoco estamos libres de este tipo de dilemas. ¿Qué es un individuo? Se podría decir que uno es el ciclo de vida completo desde el tercer cielo hasta el tercer cielo, así como una planta es un ciclo de semilla en semilla. La pregunta entonces se convierte en "¿cuál renacimiento?" o "¿todos los renacimientos?" En el panorama más amplio, somos más que nuestras manifestaciones, así como Dios es más que las manifestaciones de Dios.

Los astrólogos enfrentan problemas similares. Al ensamblar y sintetizar las partes de un horóscopo, existe la esperanza de comprender al individuo como un todo. No funciona porque las sorpresas surgen de la individualidad espiritual invisible, el espiritual total detrás del horóscopo. Estudiar todos los horóscopos anteriores puede ayudar, pero no resuelve el problema fundamental.

El eclecticismo y el ensamblaje de partes dispares para simular un todo, pueden ayudar a estimular la intuición pero, por sí solos, son insuficientes y pueden inducir a error. Comprender totalidades es imposible para la conciencia enfocada en partes, porque las totalidades están en el espíritu. Necesitamos algo espiritual para comprender los totales. La intuición es un buen comienzo. Una intuición es de un todo espiritual que no requiere algo fuera de sí mismo para ser verdad.

Algunas partes de la Biblia son buenas para estimular la intuición, así como para dar una idea de la totalidad y la resurrección. 1 Corintios 13:12 (pluralizado) dice "...ahora conocemos en parte, pero entonces conoceremos también como somos conocidos". Claramente, cuando somos conocidos en espíritu, somos conocidos en su totalidad. En los mundos espirituales trascendentes no hay partes, solo totalidades. 1 Corintios 15:22 nos dice: "Porque así como en Adán todos mueren, así

también en Cristo todos serán vivificados”. Los versículos 42 - 45 aclaran y brindan más información: “Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción; se resucita en incorrupción; se siembra en deshonra; se resucita en gloria; se siembra en debilidad; se resucita en poder; se siembra cuerpo natural; se resucita un cuerpo espiritual.... Y así está escrito, el primer Adán fue hecho alma viviente; el postrer hombre, Adán, fue hecho espíritu vivificante.” Estos versículos aclaran que hay dos Adanes, el primer Adán y el último Adán. Lo que no está tan claro, y lo que necesita mayor aclaración, es que hay dos primeros Adanes. Cabalísticamente, está el Adán celestial, primero llamado Adam-Kadmus, y algunas veces Adam Primus. Luego está el primer Adán terrenal, generalmente conocido como Adam-Adami, el patriarca humano. Correspondientemente, veremos que hay dos últimos Adanes.

La filosofía rosacruz nos ayuda a comprender esto. En su misticismo cristiano, aprendemos que cada uno de nosotros es una entidad espiritual, un ser espiritual. En la época de Max Heindel, la palabra utilizada para ese ser espiritual era el Ego. Esa palabra, usando la E mayúscula, todavía es aplicable, pero con el surgimiento de la psicología, la palabra ego ha tomado otros significados, no tan espirituales. En nuestros tiempos, Ser es probablemente una palabra mejor y más precisa. En el misticismo cristiano, aprendemos que el Ser, o Ego, es un ser espiritual triple. Esto significa que los tres estados del espíritu se unen para formar un ser individual, una entidad espiritual. La combinación no es un ensamblaje; es un “enlace” de estados de ánimo que despiertan e individualizan. El Espíritu Divino es la siempre invisible voluntad de ser. Es. Siendo en este uso tanto activo como pasivo, pero no manifiesto. De la voluntad de ser, surge el ser manifiesto abierto y vívido. Este estado de ser se llama Espíritu de Vida. Dado que se manifestó a partir del Espíritu Divino sin ninguna agencia externa, a veces se le llama el "unigénito" o el "engendrado solo", que a menudo se malinterpreta como el "unigénito" en singular, pero referirse a él sólo de esa manera, es pasar por alto un elemento esencial de su carácter, su nacimiento desde y dentro del Espíritu Divino. También se le conoce como el Logos, el Verbo y el Hijo. Cristo es la personificación del

Espíritu de Vida. Tal como lo estamos viendo, es el Adán original, el primer Adán celestial. Es el primer Adán porque todos los Yoes individuales nacen en y de él. En esta secuencia de lógica creadora trascendental, la Teogonía, la voluntad de ser da a luz un ser manifiesto que da a luz un ser, en realidad muchos seres. A ese ser individual se le llama Espíritu Humano. No es solo o singular. Una vez que se concibe un ser individual, no hay límite para las concepciones posibles: todos somos hijos espirituales del primer Adán celestial. Este Espíritu Humano es el Ser, el Ego, la Individualidad. Es esta Individualidad, que es un todo espiritual, la que se manifiesta repetidamente en muchas formas y ambientes para sacar a relucir muchas de las facetas infinitas y posibles del Espíritu Universal en la creación divina.

Estas múltiples manifestaciones ocurren en una creación evolutiva ordenada basada en el principio de analogía. Esta creación evolutiva es reflexivamente proyectiva. Esto significa que las formas y actividades espirituales y creativas se proyectan reflexivamente en formas y actividades materiales. Estas actividades reflexivas son más o menos coetáneas, pero no simultáneas porque la experiencia material precede al despertar y la vinculación espirituales. Para empezar, el trabajo creativo espiritual no es solo nuestro, porque todavía somos mayormente inconscientes. Somos asistidos por grandes seres divinos. La voluntad del Espíritu Divino se despierta al experimentar y sostener formas materiales en una condición similar a la de un mineral durante el primer gran período creativo. El Espíritu de Vida abierto, vivo y brillante, que nace del Espíritu Divino, se despierta al experimentar su reflejo en una forma que vitaliza las formas materiales del primer período, en una condición similar a la de una planta durante el segundo gran período creativo. Los Seres individuales, o Espíritus Humanos, se forman dentro y se vinculan con el Espíritu de Vida al experimentar sus reflejos en una forma de motivación de las formas similares a plantas del segundo período, en formas similares a animales durante el tercer gran período creativo. En cada período, los seres espirituales que se están convirtiendo se acercan más a sus creaciones materiales, y las formas materiales combinadas alcanzan su fuente creativa. Con cada período, el Espíritu Universal, en el que todo esto está sucediendo, se

sumerge más profundamente en la materia y luego se retira. Esto se hace en siete períodos, cada uno de los cuales contiene siete pasos repetidos siete veces. Los períodos, y los pasos dentro de ellos, son simétricos: tres descendiendo a la materia; tres surgiendo de la materia; y uno pivotante en el centro. El primero y el séptimo período, o paso, están en el mismo mundo espiritual, al igual que el segundo y el sexto, y así sucesivamente. Todo esto se logra a través de principios simples reflejados repetidamente en sí mismos, en ciclos dentro de ciclos dentro de ciclos.... Todo esto ocurre en una duración casi más allá de la comprensión humana. Ahora estamos en medio del cuarto período, el más profundo y período de giro. De esta manera, cada uno de nosotros llegó a tener un espíritu triple individual reflejado en cuerpos triples interpenetrantes (o vehículos de conciencia) en la materia. El logro supremo que nos llevó a donde estamos ahora, llegó relativamente recientemente en términos de tiempo evolutivo. Era para manifestar una mente concreta a partir de un pensamiento concreto. El objetivo era que el espíritu triple entrara en sus cuerpos triples a través de la mente concreta. Entrar en sus cuerpos era despertar la autoconciencia a través de la experiencia. Otro objetivo era espiritualizar la materia alquimizándola en los cuerpos. Esta entrada y despertar estaba ocurriendo mientras nosotros, y la tierra, nos estábamos concretando dentro del sistema solar. Esta concreción produjo una necesidad hasta ahora desconocida en nuestra creación. En materia química dura, no podíamos generar espontáneamente nuevos cuerpos físicos para hacer mejoras, como podíamos hacer antes, cuando estábamos en estados de ser más elevados, más sutiles y maleables. En épocas anteriores, auto-generábamos nuevos cuerpos y éramos bisexuales. Ahora teníamos que cooperar, lo que abrió un nuevo tipo de conciencia: cooperación, trabajar voluntariamente con otro para lograr lo que no se puede lograr solo. Tuvimos que producir dos tipos diferentes de formas físicas, una masculina y una femenina, para trabajar juntos para generar nuevos cuerpos físicos para otros. Se trata de los otros, de los otros objetivados fuera de nuestro ser personal. Esto significaba que parte de nuestro poder creativo debía usarse en la procreación, y otra parte debía usarse para evolucionar físicamente, para experimentar y cambiar

creativamente el mundo físico exterior. El primero de nosotros en promover la evolución creativa de esta manera se llama bíblicamente Adán. Así, tenemos el primer Adán celestial, la fuente de los Yoes individuales, y el primer Adán terrenal, el pro-generator y patriarca del linaje físico humano.

El tiempo de la separación de los vehículos sexuales, el tiempo de Adán, fue un tiempo crítico. Éramos vulnerables por varias razones. Estábamos entrando en el período de la materialización más densa, más alejada del espíritu, por así decirlo. Llevar la conciencia a esta condición endurecida es difícil, algo de lo que nos damos cuenta a diario. Los vehículos sexuales divididos y sus limitaciones eran nuevos para nosotros. La cooperativa, la co-procreación con alguien fuera de nosotros, personalmente, también era nueva para nosotros. Ni siquiera conocíamos la existencia de alguien externo, excepto en sensaciones extremas como el coito: “Y Adán conoció a Eva, su mujer; y ella concibió”—nuestros ojos aún no estaban abiertos. Solo teníamos imágenes internas del alma. A medida que profundizamos en la materia, y nuestra conciencia se enfocó más hacia el exterior en la materia, nuestra conciencia espiritual interna se atenuó. Al perder la conciencia divina, nos volvíamos inseguros al mismo tiempo que nos volvíamos cohibidos. Cada vez más, nuestra existencia física se volvió más importante para nosotros. Así, cuando se nos sugirió que podíamos asegurar la inmortalidad ejerciendo a voluntad la función procreadora, seguimos la sugerencia. Quién colocó la sugerencia no es importante para este ensayo, que la seguimos, sí lo es. Seguir esa sugerencia fue un acto de usar uno de los regalos más importantes que hemos recibido, la libertad. La libertad se alcanza por grados. Un primer grado de libertad es la libertad de elección. Ciudadanos en el mundo “libre” son libres porque pueden escoger o elegir su gobierno. La creación es un grado más profundo de libertad que simplemente elegir entre las opciones ya existentes. Cuando tomamos la fuerza creativa en nuestras manos, fue una declaración de libertad. La creación es una actividad divina. Debido a que hay unidad en el espíritu, la divinidad no lucha contra sí misma: “Dios es uno”. La divinidad coopera amorosamente. Por lo tanto, cuando afirmamos nuestra libertad creativa, otros seres divinos

respetaron nuestra elección. Esto significó que las jerarquías divinas y creativas, que dirigieron todas nuestras experiencias evolutivas hasta este punto, tuvieron que retroceder y solo influir indirectamente como lo hacen astrológicamente: "las estrellas impulsan, no obligan", por ejemplo. Esto fue, y parecería, un beneficio divino excepto por una cosa. El precio de la libertad es la responsabilidad. Una vez que uno introduce un acto de creación, uno es responsable de las consecuencias. El amor creativo está más allá de la ley—"el cumplimiento de la ley es el amor"—pero sus expresiones no lo están. Lo único que hizo de nuestro acto fue una tragedia, en lugar de un completo beneficio, es porque se hizo en la ignorancia. No sabíamos que cuando un acto está fuera de armonía con el resto de la creación, tendría consecuencias calamitosas. No solo actuamos en ignorancia, actuamos egoístamente por inseguridad. Queríamos la inmortalidad porque teníamos miedo de perder nuestros cuerpos, el don espiritual de la libertad, en una maldición de nosotros mismos y en la falta de armonía para el resto de la creación. El pecado del primer Adán terrenal condujo al pecado de Caín, y a todos los pecados y sufrimientos del uso egoísta de la fuerza creativa, el sexo y la violencia, que impregnan el mundo que conocemos hoy.

En el gran esquema creativo, las posiciones del primer y último Adán son análogas al primer y último período creativo o al primer y último paso en esos períodos. El primer y último Adán celestial están en la cúspide, por así decirlo, entre el Espíritu de Vida y el Espíritu Humano. El primer y último Adán terrenal está en la cúspide entre los éteres y los químicos. Por lo tanto, vemos que los pares de Adanes están separados en ubicación, así como en tiempo.

Cosas importantes ocurrieron en el intervalo entre el primer Adán y el último Adán. Una es que estábamos adquiriendo experiencia, una experiencia espiritualmente ciega, porque nuestros ojos espirituales se cerraban a medida que se abrían nuestros ojos materiales. Hubo crecimiento del alma, pero no lo suficiente para seguir el ritmo de la creciente magnitud y frecuencia de nuestros pecados y sus consecuencias. Una de las consecuencias de nuestra caída fue endurecernos tanto a nosotros mismos como a la tierra, que el progreso se estaba desacelerando. No todos, pero muchos se estaban quedando

atrás, lo suficiente como para poner en peligro cualquier progreso. Algo había que hacer.

Lo que se hizo por nuestro bien, también fue un acto compuesto de libertad. La mayor parte del acto compuesto fue la ofrenda voluntaria de Cristo, el Adán celestial, (que representa el Espíritu de Vida macrocósmico) para encarnar a fin de llevar la gracia del amor del Espíritu de Vida a quienes la recibirían. La otra parte fue que Jesús, el segundo Adán terrenal, ofreciera sus cuerpos etérico y químico a Cristo, quien no podía generar por sí mismo estos cuerpos, por falta de experiencia evolutiva en el mundo físico. “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” se aplica a los sacrificios voluntarios de los Adanes celestiales y terrenales. La obra del segundo Adán es diferente de la obra del primer Adán. La obra del primer Adán celestial fue la individuación de Espíritus Humanos separados, que ocurrió mucho antes de la caída de la humanidad en la materia terrenal. La obra del primer Adán terrenal fue progenerar formas físicas para nuestra estancia a través de la materia química densa. El trabajo principal del segundo Adán terrenal, Jesús, es dirigir nuestra atención al desarrollo del cuerpo etérico del alma. El cuerpo anímico etérico es el “traje de bodas de oro” necesario para la boda divina y alquímica de la individualidad, la “novia del cielo” y la personalidad. El cuerpo anímico etérico será el vehículo de la conciencia después de la disolución de la tierra química y el cuerpo humano químico correspondiente. Sin el “vestido de bodas”, es imposible continuar con la creación evolutiva de la que se habla en Mateo 22:11-13.

Las obras del segundo Adán celestial, Cristo, son suficientes para ocupar muchos volúmenes, demasiado para unos pocos párrafos de un solo ensayo breve. Un trabajo relevante para este ensayo fue el establecimiento de un nuevo tipo de religión, no simplemente una nueva secta religiosa, sino un nuevo tipo de religión. Se llama la religión del Hijo. Todas las religiones anteriores, entre el primero y el segundo Adán, fueron religiones de Jehová, el Espíritu Santo.

Jehová es el Yo macrocósmico, en la Deidad, cuyo hogar está en la subdivisión abstracta del mundo del pensamiento, tal como lo son

nuestros Yoes. Una de las metas de nuestra creación evolutiva es la autoconciencia despierta, objetiva y creativa. Toda autoconciencia, en microcosmos y macrocosmos, nace del Espíritu Santo, incluso la autoconciencia de los estados superiores del espíritu por reflexión. En la humanidad, la autoconciencia se produce cuando el espíritu entra en sus vehículos y despierta, a través de la experiencia en ellos. Entrar en el cuerpo físico denso es lo más importante, porque en él, el alma consciente, necesaria para la conciencia, se produce a través de interacciones con el mundo químico resistente. Así, uno puede ver la importancia de la generación y mejora de los cuerpos (incluyendo las generaciones y descendientes de Adán) para la evolución espiritual. Jehová es el Señor de la generación. Parte de la obra de Jehová, en el tiempo entre el primero y el último Adán terrestre, fue separar una humanidad previamente unificada en personalidades diferentes. Esto se logró mediante la generación de agrupaciones progresivamente más pequeñas: naciones, razas, clanes, familias, individuos. Acompañando a esta diferenciación hubo un cambio en el enfoque de la conciencia. Uno era menos capaz de identificarse con una nación, una familia, etc. Uno tenía que volverse más autosuficiente. Uno se volvió hacia el interior de uno mismo, lo que condujo al autodespertar. El despertar de uno mismo en su estado más elevado se denomina bautismo del Espíritu Santo, una realización despierta, consciente, de la propia divinidad. La realización de la divinidad de uno trae consigo capacidades y responsabilidades divinas. Entre las responsabilidades está la necesidad de amar, respetar y trabajar junto con los demás, así como otros seres divinos nos respetaron cuando, sin saberlo, afirmamos nuestra divinidad en la época del primer Adán terrenal. Entre las capacidades divinas que vienen con el despertar propio a la divinidad se encuentra una mayor libertad. Juntas, mayor libertad y responsabilidad son la base del nuevo tipo de religión, la religión de Cristo, el Hijo.

La religión de Jehová, por medio del primer Adán terrestre, fue una religión de separación benigna. La separación no siempre fue fácil o agradable. En el primer Adán terrenal éramos uno, pero no por elección. No sabíamos nada diferente. Las Jerarquías divinas nos guiaron de cualquier manera por nuestro propio bien. En Cristo, somos

de nuevo uno, pero somos uno en libertad. Como individuos libres y conscientes de sí mismos, elegimos reunirnos en Cristo. Siempre es más fácil hacer cosas en libertad que hacerlo bajo coacción. “Porque mi yugo es fácil y ligera mi carga”. Incluso la responsabilidad divina de amar y respetar, no tiene la carga de la responsabilidad, como lo hace ahora en nuestro egocentrismo. Cuando uno ama, uno no puede evitar amar y respetar. “Porque yo, Pablo, prisionero de Cristo...” bien podría decirse “Porque yo, Pablo, prisionero del amor.

Así como hubo dos primeros Adanes y dos caídas en la individualidad y la materia, hay dos segundos Adanes y dos resurrecciones. Una es la resurrección de la materia química a los éteres, en el microcosmos y el macrocosmos, a través del servicio amoroso y del olvido de sí mismo. El otro es pasar de la individualidad separativa del Espíritu Humano al amor unificador del Espíritu de Vida.

Es una alegría intelectual ver la unidad espiritual subyacente en la mitología comparada. Ver esa unidad en las Escrituras y la astrología es aún más gratificante. Ver cómo todo esto está unido y explicado por la filosofía rosacruz derivada de una investigación cuidadosa y clarividente, debería ser una satisfacción espiritual. No lo es. La razón por la que no lo es, es que aún no vive completamente en nosotros. No hemos seguido la vida de Cristo-Jesús, y no estaremos satisfechos hasta que lo hagamos.

En la filosofía rosacruz se afirma claramente muchas veces, de muchas maneras, cómo nos preparamos para la resurrección terrenal. Nos preparamos viviendo vidas de “servicio amoroso y olvidándonos de nosotros mismos”. Cuando nos olvidamos de nosotros mismos, podemos recordar a Cristo: “haced esto en memoria mía”. Cuando hacemos las cosas desde la bondad de nuestro corazón, por el bien de Cristo, atraemos el material del alma para construir el “vestido de bodas de oro”, y agregamos al nuevo globo etérico, nuestro hogar cuando este químico se disuelva. Incluso cambiamos nuestros corazones físicamente. Cuando hacemos nuestros ejercicios espirituales, asimilamos el material en nuestros cuerpos anímicos y los organizamos. Al hacer esto, cuando el Señor diga “sígueme”, estaremos listos.

Cuando construimos y organizamos nuestros cuerpos del alma, es más fácil que Cristo nos hable a través de la intuición, y el camino se vuelve más fácil. Entender y vivir nosotros mismos la resurrección celestial en Cristo, el segundo Adán celestial, no es tan fácil. ¿Cómo nacemos en Cristo? Cuando aplicamos el principio de analogía a una declaración del Cristo bíblico, nos señala la dirección correcta. En Juan 14 Cristo dice: “Créanme que yo soy (estoy) en el Padre y el Padre en mí”. Por analogía, estamos en Cristo y Cristo está en nosotros. Nuestros Seres nacen del Espíritu de Vida. Esta es otra forma de afirmar cómo los mundos superiores enlazan e interpenetran los mundos inferiores, como aprendemos de El Concepto Rosacruz del Cosmos. El Ser, ubicado en el Espíritu Humano, o la subdivisión abstracta del mundo del pensamiento, está dentro y es interpenetrado por el Espíritu de Vida, el reino de Cristo. Así, si penetramos en la esencia más íntima de nuestra individualidad, nos encontramos con el Espíritu de Vida. Es ineludible. Tal vez diferentes palabras puedan facilitar la comprensión de esta idea difícil de experimentar. Los Espíritus Humanos, los Egos, nacen del Espíritu de Vida. En otras palabras, nuestros Seres nacen de la mismidad que es Espíritu de Vida, que es el cuerpo de Cristo. Esa mismidad es la misma para todos nosotros. Es el amor del principio amor-sabiduría del segundo atributo de la divinidad. La filosofía Rosacruz tiene una palabra para hacer esto. Se llama contemplación. En la contemplación uno mantiene un objeto en su atención hasta que se disuelve y uno encuentra directamente la vida, dentro y detrás de ese objeto. Si el objeto de atención es uno mismo, uno se encuentra con la Vida del Espíritu de Vida. Esto no es algo fácil de lograr, pero es una “perla de gran precio” digna de cualquier cantidad de esfuerzo. El intento en sí puede sostener nuestra aspiración por el tiempo que queramos.

Hay otro camino a la resurrección en Cristo, que es más fácil, el amor. Cuando amamos a alguien, nos damos cuenta de que hay algo en ellos que también está en nosotros. Si esto no fuera cierto, no podríamos compartir el amor mutuo que nos damos. El amor mutuo que compartimos se llama altruismo. El altruismo es la experiencia humana del amor de Cristo, el amor del Espíritu de Vida, en cualquiera o en

todos los demás seres humanos. La única definición de cristiano dada por Cristo en los Evangelios se encuentra en Juan 13:35: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros”. En los tiempos del primer Adán terrenal, cuando nos juntamos, primero conocimos a alguien fuera de nosotros. En nuestros tiempos, los tiempos del segundo Adán, cuando amamos a alguien, nos damos cuenta de que, dentro de esa forma, fuera de nosotros, hay un espíritu interior con el que estamos conectados por el amor. Esto podría llamarse “conocimiento espiritual”, reemplazando el conocimiento carnal. En última instancia, el amor es amor, y todo amor es del Espíritu de Vida.

De las historias de Zagreus, Osiris y Adán aprendemos de una unidad en la inocencia dividida para algún fin por el mal. También aprendemos de una promesa de resurrección a un mundo nuevo y divino. Del Concepto Rosacruz del Cosmos y de la Biblia aprendemos cómo se lleva a cabo esta resurrección. Estos dos libros son complementarios. Cada uno saca nuevos significados en el otro. Mateo 5:6 aclara con mayor precisión la actitud necesaria para la resurrección: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados”. El Libro de Apocalipsis nos dice que no debemos ser “tibios”. Nuestra hambre de amor, y su justicia, debe ser intensa y voraz, como la de los titanes. Así, cuando buscamos interiormente el reencuentro por medio de la Sagrada Comunión, las palabras: “Tomad, comed: esto es mi cuerpo, que por vosotros es partido: haced esto en memoria mía”, tienen para nosotros un significado más espiritualmente profundo e íntimo.